

Memorias para un olvido

Víctor Infante Zamora

Mamá, con el alma en pie, sostenida por una estructura de ignotas aleaciones, intenta hacernos digerible la melancolía con un pedazo de pan, un plato de sopa y un trozo de mantequilla. Mi padre, antaño locuaz y distraído, la mirada prendida a una copa de vino en la que busca disolver una tristeza que resulta evidente por el afán con que se empeña en ocultarla, permanece en silencio. Apuramos la sopa con desgano, apremiados por el deseo unánime de que la velada termine con el plato fuerte. No más de tres años nos separan de aquel día, de aquella noche cálida que habría de helarse intempestivamente y extenderse de manera indefinida. El semblante de mamá, del que siempre asomaba una dulzura dispuesta y oportuna, es ahora un lienzo que una mano inexperta se ha empeñado en llenar con bocetos de antiguas expresiones. Con uno que otro monosílabo y media docena de pálidos visajes es como ambos agradecemos el esfuerzo con que mi padre, franqueando el alcázar de sí mismo, se empeña en distraernos contándonos historias que persiguen un desliz de la memoria.

Ya en mi dormitorio tomo un libro, el mismo que leía aquella noche que un coleccionista de sombras traspasó con un alfiler y prendió en la casa como una mariposa, y me abandono a la confiable quietud de los diminutos caracteres. Mis ojos pasan de largo una oración inacabada y tras una trayectoria vagamente lineal aterrizan sin contratiempos en la cama de mi hermano. Gabriel, ensimismado, con las manos bajo la cabeza, persigue las serpientes de humo que se desprenden de sus labios, ajeno a la invasión que ha sufrido su blando territorio. No sé por qué propago un hábito que me es ajeno y enciendo cada noche un cigarrillo. Cuando Gabriel, cierta madrugada, se obstinó en que probara uno, el ataque de tos y la náusea que me sobrevinieron, aunada a la risa fraternal, extinguieron hasta hoy mis aspiraciones diletantes como encantador. Abro la ventana. El aire, humedecido por los sollozos que mi madre no consigue reprimir, disipa las serpientes de humo y me sumerge en una indecible pesadumbre. Gabriel se ha quedado dormido sin darme cuenta. Al verlo ahí, taciturno e indefenso, me subyuga una irrefrenable compasión, pero al saberlo tan próximo y ajeno a la distancia que nos ha legado, salto de la cama y estrello un par de puñetazos en su rostro. Al dirigirme sigiloso hasta su cama, resuelto a llevar a cabo tales pensamientos, descubro que mi presa, advertida quizá por un involuntario descuido de mi ensueño, ha desaparecido. Sé que soy víctima de una ilusión, que agazapado en el contorno de una sombra, en el interior de alguno de los muros, quizá en alguna de las siluetas de humo que se han rezagado, un

par de ojos me contemplan. No consigo entender la huida si no como un rasgo de egoísmo, como una resolución abyecta de no concederme un efímero antibiótico que para el no pasaría de ser una trivial representación. Tiemblo al confesarlo, pero no es la muerte de Gabriel, cuanto la aniquilación en que ella ha sumido nuestras vidas, lo que lamento cada noche.

El aire se ha vuelto denso y opresivo, como la habitación de un moribundo. Los dormitorios que registran el itinerario de nuestros desvelos, los pasillos recién lustrados, los muebles de caoba, cada resquicio, por pequeño que parezca, nos restriega a cada paso nuestra condición de exiliados. No sé en qué momento hemos adoptado la costumbre de movernos con sigilo, con una desmedida e incomprendible cautela. Creo que un buen día nuestros pies desdeñarán la gravedad y optarán por la levitación para transportar estos cuerpos de hormiga que llevan en el corazón un fardo imponderable. Nuestra voz ha ido perdiendo consistencia. Hablamos poco, lo indispensable, pues tememos cometer una impertinencia y revelar a un extraño conocido nuestros pensamientos. Quizá de tal modo pretendemos dilatar su sueño, postergar el implacable y alevoso discurrir de sus pasos henchidos de repeticiones, el íntimo trayecto de su voz que usurpa cada uno de nuestros pensamientos.

Las mañanas cifran una incansable travesía. Bogamos en un mar tapizado de escollos y desesperanza. Es claro que en un inicio mi padre y yo fraguábamos todo tipo de argucias para retrasar la vuelta a casa. Sin embargo, y aunque la casa no era un refugio confiable, volvíamos a ella intentando burlar la soledad que nos atajaba a mitad de una avenida o al final de una calle poco transitada, pues entonces nos sabíamos indefensos, merced a él. Irónicamente elegíamos como trinchera el lugar al que debíamos un exilio voluntario, ya que al menos ahí la persecución era acompañada.

Al atardecer, aunque su cuerpo a escasos metros intente desmentirlo, mamá nos abandona. Las horas se le van entre abrazos aéreos y terrenas humedades. Mi padre cede a la monotonía y se interna esperanzado en las pilas de memorandos y

asuntos comerciales que constituyen el alcázar que ha erigido como refugio. Yo, que siempre he gustado de escuchar el diálogo de los muertos, frecuento sin descanso antiguas compañías. Cada uno, a su manera, pasa los días urdiendo métodos que le permitan guardar su dolor, pero es incuestionable que tenemos los bolsillos rotos. Anhelamos la resignación, pero es Gabriel, que no acaba de morir, quien la torna imposible. Gabriel se resiste a abandonarnos y su anhelo ha venido a perdernos.

Después de cenar descubro a mamá observando el teléfono mientras simula interesarse en el reloj de pared, y a mi padre, a mitad de un bostezo, mirando el mismo sitio con el rabillo del ojo. No es la primera vez que sorprende el cónclave que pretenden ocultarme. Solía pensar que una asociación cruel, aunque perfectamente comprensible, atraía sus ojos; ahora sé que aguardan una llamada a destiempo que les comunique una tragedia sorpresiva a e irrevocable, tal y como ocurrió aquella noche que parece no haber terminado. Sin que nadie ose confesarlo, creo que todos intuimos que no es la presencia inesperada y constante de mi hermano la que ha venido a sumirnos en esta insoportable gravedad, sino el descubrimiento, la paulatina certeza de nuestra propia ausencia.

Dispuesto al acecho que custodia mi recorrido, vuelvo a casa. Una, tres, nueve calles me confirman que la ausencia que antes anhelara se ha consumado. Mis pronósticos han fallado, pues la calma que habría de suceder al desencuentro se ha quedado prendida a mis ilusiones. Camino lentamente buscando en mis pensamientos un tono delator, una sintaxis ajena y tranquilizadora, un peso que he dejado de tener. Solo entonces advierto que no era Gabriel quien nos asediaba, éramos nosotros quienes lo habíamos perseguido a cada instante convenciéndonos de que tratábamos de olvidarlo. Es precisamente en ese olvido donde hemos de buscarnos, ya que de algún modo Gabriel es ahora la única memoria de nosotros mismos.